

colección
Los días terrestres
LIX

© del texto: Ana María Corredor Alonso

© Diseño de cubierta: Santiago Ayerbe Moreno

© de esta edición: **EDA Libros**
c/ Urb. Torremuelle, Pueblo Andaluz F1
29630 Benalmádena, Málaga
Teléfono: 952 563 335
email: edalibros@edalibros.com

I.S.B.N.: 978-84-92821-41-9

Depósito Legal:

Ana María Corredor

El medallón escarlata



Benalmádena, Málaga, 2025

*A las más de cuatro millones y medio de mujeres
víctimas del conflicto armado colombiano.*

*Gracias a Eduardo, a Santiago, a Aina, por
regalar a este libro tantas noches y tantos días
que les pertenecían.*

El destino se lleva siempre su parte y no se
retira hasta obtener lo que le corresponde.

HARUKI MURAKAMI

Dios es la evidencia invisible.

VÍCTOR HUGO

Karen

Karen desenvolvió el paño de algodón y sacó la pistola de su padre con delicadeza. Sus manos blanquísimas temblaron de forma casi imperceptible sobre el metal negro y pavonado. Miró la Beretta por unos largos segundos mientras le daba la vuelta y, para su sorpresa, el metal le devolvió su imagen: su tez pecosa, las ondas de su pelo rubio rojizo; sus ojos claros, llenos de dolor, en los que no se reconocía. Liberó el cargador para asegurarse de que tuviera balas. Por unos instantes dudó sobre cuál era el mejor sitio para posarla y evitar que su pulso estremecido le arrebatara la paz que buscaba. ¿La sien? ¿El paladar? ¿El pecho? Descartó este último porque la postura era incómoda. La sien izquierda..., mejor; su mano derecha siempre se le había rebelado. Quitó el seguro. Luego apoyó con cuidado el cañón a la altura del ojo y sintió el palpar de la sangre entre su piel y el acero. Esperó unos segundos y cerró los ojos anticipando el silencio de la muerte. Había algo poético en dejar la vida de esa mane-

ra sin preámbulos ni explicaciones y sin despedirse.

Por un instante, los gritos en la calle se hicieron más fuertes y el bullicio entró por la ventana llevándose la poesía. Contrariada, abrió los ojos y, aún con la pistola en la mano, se acercó a cerrarla mientras daba una última mirada al barrio en el que había transcurrido la mayor parte de su vida. Una marea humana se acercaba bailando sobre las flores pisoteadas que tapizaban las calles por las que habían pasado el Rey Momo y la Reina del Carnaval inaugurando el jolgorio esa misma mañana. Era sábado. En Barranquilla no había época del año más importante. El carnaval unía a las personas más disímiles y rompía por una semana las clases sociales. Sin embargo, un espectador agudo, como ella, adivinaba tenues diferencias en la forma como cada cual lo vivía. Los ricos se reconocían por sus esmerados maquillajes. Paseaban con sus disfraces impecables de marimondas, monocucos y garabatos, fabricados con las mejores telas y adornos que cubrían los cuerpos de mujeres delgadísimas y contorneadas y de hombres pasados de peso, que danzaban de forma coordinada tras demasiadas horas de ensayo con los mejores coreógrafos. Los disfraces de los pobres eran los mismos, pero más deslucidos: habían soportado varios carnavales o habían sido hechos de prisa y corriendo, con retazos de telas baratas o de papel, para adornar la alegría efímera de hombres de cuerpos delgados y curtidos por el trabajo al sol, y mujeres de carnes abundantes, hinchadas por la mala alimentación o los rigores de una vida sin tratamientos de belleza ni cirujanos plásticos. Pero, aparte de eso, por unos días todos compartían la misma experiencia. Entonces recordó que su padre había llegado a esa ciudad, un día exactamente igual a ese,

cincuenta años atrás, y que la misma algarabía y el mismo gozo que a él le habían dado la bienvenida ahora la despedían a ella.

Los párpados no pudieron sujetar las lágrimas, que rodaron hasta el cuello. La mano le tembló de nuevo y el cañón tocó con delicadeza los rizos que rozaban la frente. Sintió el gusto salado de las lágrimas en la boca y, por un instante, revivió una sensación que parecía perderse en los siglos, aunque solo hubieran pasado algunas semanas, y entonces los recuerdos inundaron su mente...

La brisa salada jugaba con su pelo, sin que ella tuviera conciencia de nada distinto a la sal del mar en los labios y a la felicidad turquesa y caribe que la rodeaba.

Había llegado a la isla de Providencia para dedicarse unos días a la que se había convertido en su pasión: el mar. Gracias a que para ella el dinero no era un problema, se había podido dar el lujo de bucear donde había querido. De las aguas transparentes y brillantes del mar Rojo hasta las costas de Sudáfrica, y de Santa Lucía a los deslumbrantes arrecifes de la barrera de corales australiana. Todo lo que muchos buzos más experimentados y recorridos habrían envidiado. Ariel seguía financiando sus caprichos con la esperanza remota de que algún día sentara cabeza y se casara con un buen hombre judío. Pero a ella, los erizos parecían serle más atractivos que los sucesivos candidatos que su padre sentaba a comer a su mesa, y que, intentaban impresionarla alardeando sobre sus negocios y fortunas. Parecían no darse cuenta de que los proyectos de construcción la horrorizaban porque traían a su mente las imágenes de playas salvajes invadidas por condominios de tiempo compartido, y de

que el asunto de las acciones bursátiles le importaba un pimiento. Salomón, su último novio, le había durado tres meses y medio escasos, tras los cuales ella había alegado necesitar una temporada de reflexión.

Así fue como llegó a Providencia, un lugar que no conocía a pesar de ser territorio colombiano y estar a solo dos horas y media de avión desde Bogotá. Era un pedazo de paraíso al norte de San Andrés. Una isla solitaria alejada del continente, del comercio y del ruido de los carros, perfecta para descansar, con sus paisajes vírgenes y sus aguas tranquilas, ideales para el buceo.

Ya desde la avioneta, mecida por los fuertes vientos del archipiélago, Karen fue observando fascinada el paisaje a través de la ventanilla. Vista desde el aire, la pequeña isla parecía flotar plácida en las aguas cristalinas, como un oasis de verde profundo y altivas montañas, encallado en el tiempo. Nada en ella parecía haber cambiado desde que los primeros hombres desembarcaran allí a finales del siglo quince. Su descubrimiento había sido disputado por piratas holandeses, conquistadores españoles y colonos ingleses y jamaquinos, que a mediados del siglo diecisiete habían llevado allí los primeros esclavos africanos para trabajar en los cultivos de tabaco y algodón.

Durante siglos, coronas y corsarios habían disputado el control de la isla. En su montaña más alta, la bandera inglesa sucedía a la española y la holandesa a la inglesa con una rapidez tan asombrosa, que los habitantes de la Vieja Providencia se acostumbraron a contemplar con resignación aquel estandarte volátil que parecía cambiar cada vez que lo hacía la dirección de los vientos; hasta que el tratado de Versalles de mil setecientos ochenta y tres encauzó de un plumazo las borrascas caprichosas

que zarandeaban su historia y declaró a España soberana de ese terruño ingobernable, poblado por hombres con piel de ébano y ojos como la mar, que al decir de sus nuevos gobernantes no entendían el castellano, ni respetaban a la Santa Iglesia Católica, ni sabían divertirse como la gente decente. En lugar de eso, hablaban una jerigonza caótica con palabras en inglés, francés y dialectos africanos, y su religión era una mezcla incomprensible de cultos puritanos, bautistas y paganos.

Muy pocas cosas habían cambiado allí cuando Karen aterrizó en El Embrujo. Ningún nombre habría sido más adecuado para el aeropuerto de esa isla, pensó. La modernidad parecía haber naufragado en el mar que la rodeaba y preservaba ese trozo del paraíso de la esclavitud del reloj y de las pertenencias. La única carretera que rodeaba a la isla permanecía inoficiosa ante la ausencia de automóviles, y solo un autobús pequeño y destartado, al que llamaban *chiva*, daba la vuelta cuatro veces al día y en una única dirección. Karen se hospedó en un hostel del pueblo de Santa Isabel, en el que las cabañas de madera se alineaban en desorden, chillando cada una más fuerte que la otra con sus azules, fucsias y amarillos, sus balaustradas de bambú, sus postigos y buhardillas y sus balconcitos de todos los tamaños. Disfrutaría de diez días de descanso, y alternaría su libro de meditaciones budistas con las inmersiones.

Al día siguiente, tras un desayuno ligero, se sentó a esperar al guía en el salón que hacía las veces de *lobby* del hotel. Otros cuatro turistas aguardaban también al instructor. Le habían dicho que era el mejor de las islas y que conocía las mejores cuevas. Se quedó durante unos minutos mirando el paisaje paradisíaco para matar

el tiempo. Entonces lo vio llegar acompañado de la dueña del hotel. Era un negro atlético, de músculos largos, con unos inesperados ojos de color aguamarina que contrastaban con la intensa oscuridad de su piel.

—¿Ya están todos aquí? —dijo, sin preámbulos, a los turistas—. Soy Jay Livingston. Hoy vamos a Cayo Bolívar. Si ya tienen todas sus cosas listas, podemos irnos para aprovechar al máximo la mañana. Y si hay tiempo, por la noche vamos a hacer una inmersión en un barco hundido.

Karen sintió el impulso de acercarse a él, mientras los demás recogían sus equipos:

—Hola, yo soy Karen —dijo, y su cara se encendió con un rubor súbito—. ¿Qué tal son la visibilidad y las corrientes allí?

—No te preocupes —dijo él con una serenidad que impedía saber si se había dado cuenta o no de la súbita atracción de Karen—... Este es el mejor lugar de todo el Caribe. La temperatura del agua es cálida durante todo el año y no hay corrientes submarinas. La visibilidad es de unos sesenta metros. Les va a gustar.

—Qué bien. De manera que es posible hacer buenas inmersiones nocturnas... Me encanta el mar por la noche. He estado en varias en el mar Rojo, pero me han dicho que la variedad de fauna aquí es increíble...

—Sí. Así es —contestó Jay—. Aquí hay lugares muy buenos para bucear de noche. Lo dijo sin mirarla, acomodando ya los equipos en la pequeña camioneta, sin parecer en absoluto impresionado por las historias de sus viajes.

Poco después de las diez de la mañana, llegaron al sitio de la inmersión. Un cayo rodeado de aguas claras, protegido de la fuerza del mar y los vientos por un arrecife imponente. Descendieron por una pared rocosa, po-

blada por una enorme colonia de esponjas con un alucinante espectro de colores. De allí pasaron a través de un túnel a un lago de agua semidulce rodeado de manglares. Jay se mantuvo cerca todo el tiempo de la inmersión, y a ella le pareció que mostraba más deferencia con ella que con los demás; a cada momento, le señalaba langostas, tortugas, anguilas y peces multicolores que se asomaban sin timidez entre los pólipos y corales. Bajo el agua y protegida por la máscara, ella podía observar sin temor a ser descubierta aquel cuerpo esculpido por el ejercicio y bendecido por la genética de su raza.

Tras varias horas de buceo, salieron del agua. Durante el trayecto de regreso en la lancha, le fue imposible ignorar la atracción que sentía por aquel hombre que no trataba de impresionarla ni se dejaba impresionar, sino que se mantenía cordial, distante, reservado, aunque con una mirada más elocuente que todo lo que otros hombres le habían dicho en su vida empleando palabras. De repente, Karen se descubrió tratando de decir cosas para llamar su atención y mirándolo hipnotizada; él, sin embargo, le devolvió una mirada serena, impenetrable, hierática. Una mirada indescifrable que la hacía sentir torpe y desorientada. No sabía si era despectiva o apasionada, indiferente o ingenua.

Después de almorzar se propuso descansar el resto de la tarde, pero se sentía presa de una ansiedad que le recorría el pecho con un cosquilleo insoportable. Se contempló en el espejo del baño, se esmeró en hacerse una trenza graciosa y trató de concentrarse en la lectura de su libro haciendo un esfuerzo para no mirar el reloj cada pocos minutos.

A la hora acordada no tardaron en reunirse de nuevo en el *lobby*. Jay llegó con unos minutos de retraso. Irían al arrecife de coral que rodeaba la isla: paredes de hasta treinta metros de profundidad, destino final de varios naufragios. Allí encontrarían un pequeño carguero hundido a principios del siglo pasado y reducido ahora a una masa de hierros retorcidos por la ferocidad de veinte lustros de lucha entre el arrecife y las olas.

A esa hora, la luz reflejaba todas las tonalidades de azul y verde del agua. El mar se había empeñado en convertir ese cementerio en un soberbio despliegue de vida, y el índigo del agua suspendía una luz sobrehumana sobre el pecio. El contraste de colores era indescriptible, tal vez solo susceptible de ser enumerado: el rojo y naranja de las esponjas y corales, el violeta y amarillo de los peces ángel, el verde de los peces loro, el oliva de las anguilas morenas, el plata de las barracudas.

Pasaron largo tiempo, quizá una hora y media, admirando la belleza que los rodeaba. Al volver la cabeza vio que Jay le hacía señas. Al fondo de la barrera, a unos treinta y siete metros, un tiburón tigre peleaba con la muerte enredado en las líneas de una red de pesca. Estaba atontado, rendido. El espectáculo de aquel animal magnífico a punto de morir la impresionó. Se preguntó qué podían hacer a más de veinte metros bajo la superficie y con el aire cerca de acabarse. De haber tenido un tanque de mezcla de gases, hubiesen podido bajar más por la pared opuesta de la barrera, pero bajar con tanques de aire era un acto temerario. Jay tocó la bocina bajo el agua e hizo señas al grupo para que subieran mientras él descendía. Karen calculó la distancia a la que estaba aquel pez soberbio y consultó su manómetro: le quedaba

muy poco oxígeno. Jay quizá no tendría aire suficiente para subir, aunque se obligó a pensar que todo estaba bajo control; era experto y sabía lo que hacía. Subió a la superficie y se quitó la máscara y el respirador. Pero los minutos pasaban y Jay no aparecía. Era consciente de que bajar hasta donde estaba el animal suponía un riesgo enorme: porque la profundidad superaría el límite de seguridad del buceo con aire y, más allá de eso, el oxígeno tóxico afectaría el sistema nervioso que controla las funciones vitales. El paso siguiente serían las convulsiones y la pérdida de conocimiento. Él ya había sobrepasado ese límite de treinta metros y no tenía aire suficiente en su tanque. Karen sabía que tendría que subir demasiado deprisa haciendo que su sangre se llenara de burbujas de nitrógeno y produciéndole una embolia.

Esperó cinco minutos, sin dejar de mirar el reloj cada pocos segundos. En un instante lo supo: no era Jay, el instructor, quien estaba en peligro, sino su amor. El amor de su vida, el que tanto había esperado sin saber si existía o no. Sin pensarlo dos veces, cogió un tanque lleno, se puso el cinturón de lastre, colgó el carrete y la linterna a una de las anillas del chaleco y se zambulló de un salto. Descendió espoleada por la prisa, rogando que sus aletas la impulsaran como debían. Pocos segundos después, lo vio: ascendía demasiado rápido por el borde de la barrera. Era evidente que el aire se le había acabado y que luchaba por llegar a la superficie. Karen descendió hacia él tan rápido como pudo y se quitó el regulador para darle aire. Fueron subiendo despacio, empeñados en desafiar a un destino cuyas intenciones habían estado claras.

En cuanto asomaron, los demás buzos los recibieron con aplausos. De hecho, ya habían llamado a una patrulla